

Carter: Llega un desconocido

YA tenemos a un señor Carter elegido Presidente de los Estados Unidos, y estudiando en las once semanas que le quedan para jurar su cargo, los grandes temas y la forma en que tendrá que abordarlos. Hay un equipo de cien expertos nombrado ya para la época de transición y los primeros tiempos de gobierno. En esta transición, Ford conserva enteramente sus poderes, aunque no toda su moral. Continuará despachando los asuntos de trámite y puede decidir lo que desee, pero sin duda no lo hará, en un caso grave o comprometido, sin consultar con el Presidente electo. En la práctica, habrá una congelación de los problemas internacionales y nacionales.

Este señor Carter, que tiene la ventaja sobre su irregular precedente inmediato y el anterior —Ford y Nixon— de ser un desconocido, ha lanzado ya algún "slogan" para su Presidencia, algunas declaraciones nuevas, que ya no tienen el cariz electoral de las anteriores. Intenta ser un Presidente "activista" —ha dicho al "New York Times"— y, para ilustrar esta confusa y oscura palabra a la que tantos significados se pueden dar, aclara que esa es la tradición de Roosevelt o de Kennedy, incluso la de Truman, sus predecesores del partido demócrata en la Casa Blanca. No le será tan fácil. Roosevelt sobre todo, Kennedy después, tuvieron lo que se llama carisma. Truman tuvo personalidad y circunstancias históricas; se hizo tristemente célebre por el lanzamiento de las dos únicas bombas atómicas de la Historia —hasta ahora— sobre el Japón, y lanzó con su plan y su programa la guerra fría. Con sus corbatas, su piano y su hija cantante, y su rico anecdótico, mezcló la gran tragedia a la payasada, lo cual está en la tradición política americana. Roosevelt decidió la entrada en la guerra mundial, y la ganó, después de haber resuelto la crisis económica de 1929 y de haber dado al país un relativo talante socialista que cortó durante algún tiempo el poder absoluto del capital. Kennedy llegó a girar todo un sistema político de guerra fría y de intervencionismo directo por fórmulas que se pretendían más democráticas de llevar el imperio, y quizá lo hubiera conseguido totalmente de no haber sido asesinado.

Algo, sin embargo, hizo Carter de esos Presidentes del partido demócrata (olvidémonos del inmediato anterior, Johnson, más borroso y desconcertado —y desconcertante— que eficaz) que es un cierto estilo abierto en conducir los grandes asuntos del Estado y del imperio. No se ha perdido, a pesar de las



Carter, o las frustraciones colectivas. En la foto, con el vicepresidente, Walter Mondale.

aberraciones de Nixon y de la perplejidad de Ford, por la continuidad de un Congreso que ha sido mayoritariamente demócrata todo el tiempo. Desde un punto de vista de la mecánica de gobierno, la coincidencia entre un Presidente demócrata y un partido demócrata en el Senado y la Cámara de Representantes es de gran importancia. Podrán evitarse las obstrucciones, podrá mantenerse el estilo o manera del partido. Puede ocurrir que gran parte de los votantes hayan tenido muy en cuenta esta necesidad.

los Estados Unidos, aquellos cuya presencia se ha hecho notar más favorablemente en la vida nacional. Carter ha sabido asumir en campaña —tan poco brillante, por otra parte— esas frustraciones colectivas que vienen de tan atrás y que han tenido tres nombres en los últimos años: Dallas, Vietnam y Watergate, aunque esos tres hitos hayan sido solamente una muestra de la brutalidad general de la vida política, la inhumanidad con que se ha tratado de sostener el imperio y la corrupción en los medios guber-

Eduardo Haro Tecglen

Otro porcentaje de votantes se habrá inclinado por la necesidad de eliminar a Ford, el primer Presidente de los Estados Unidos que llega a ese cargo sin haber sido elegido. Ford ha sido de una torpeza realmente llamativa. Podría decirse que en este caso el país ha elegido lo quizá malo desconocido mejor que lo malo conocido.

Un elemento importante en esta votación ha sido la demostración que se necesita un cambio. Son, efectivamente, los demócratas "activistas" los que han producido los mayores cambios en la línea decreciente de la democracia en

nantes. Carter no ha realizado una campaña positiva: no ha tenido una doctrina clara, no ha ofrecido unas salidas valiosas a los problemas del país. Solamente ha tenido la sensibilidad necesaria para señalar esas frustraciones nacionales y la necesidad de cambio, y la audacia para luchar por la Presidencia. A esta audacia de campaña atribuyen algunos —como un editorial del "Post", de Washington, la adhesión de muchos votantes populares: porque en ella ha demostrado "audacia en la concepción, disciplina y determinación en la ejecución: en breve, un ejercicio que

revelaba posibilidades para conducir el proceso político que nadie hubiese imaginado que estaban allí". Es decir, que la firmeza del candidato y su rapidez de reflejos y respuestas pueden considerarse más valiosas para configurar una personalidad de Presidente que sus propias palabras.

En cuanto a estas palabras, emitidas ya ahora fuera de la campaña y como prelude a su Presidencia, son ya más conservadoras que en los momentos en que necesitaba ardientemente de los votos. La política exterior va a tener una "continuidad". Pero la va a tener sin Kissinger, aunque todavía no se sepa concretamente quién va a sucederle en la Secretaría de Estado, lo cual ya no es una continuidad absoluta, porque Kissinger, por la carencia de Ford, por su poca responsabilidad ante el Congreso y por su carácter personal, ha sido un auténtico dictador del imperio. No es lo menos importante de estas elecciones su eliminación. El enunciado de que va a mantener relaciones amistosas con todos los países, y las palabras dirigidas a China y la URSS, "potenciales adversarios", en el sentido de que va a continuar "trabajando constantemente por la paz", son simples tópicos. Nadie se imagina a un Presidente electo, en estas circunstancias, diciendo lo contrario. Sin embargo, ha matizado ya aquellas declaraciones de candidato en el sentido de distanciarse de los países comunistas en sus problemas con la URSS: ahora advierte ya que si la URSS invadiera Yugoslavia —a la desaparición de Tito— estudiaría la conveniencia de enviar o no tropas para defenderla. La eventualidad de que la URSS invada Yugoslavia en esas o en cualesquiera otras circunstancias parece tan imposible que la frase sólo tiene un carácter de propaganda y de rectificación de algo que molestó a las minorías centro europeas. Sin embargo, ha sido algo más explícito en la cuestión de los comunismos europeos, sobre todo al referirse a Italia. Carter no ha olvidado el ya habitual pase de factura a los italianos sobre la cantidad de dólares que les han sido remitidos en los últimos años para que no tuvieran un Gobierno comunista, y la posibilidad de revisar esa ayuda (esa compra) en el caso de que se inclinaran hacia las izquierdas. Ello permite suponer que todas las elaboraciones mentales que se han hecho acerca de la posibilidad de que Carter aceptase los eurocomunismos están desplazadas.

¿Cómo no iban a estarlo? No es un secreto, desde hace años, que el Presidente de los Estados Unidos

no es un hombre dotado de poder absoluto, aunque lo aparente y aunque la constitución presidencialista le dé teóricamente muchos de esos poderes, ni siquiera en un caso —como éste— en el que hay acuerdo de partido entre el Presidente y el Congreso. El poder decisivo en los Estados Unidos sigue estando en manos del capital, y no va a ser Carter quien se lo quite. Es el gran capital el que mueve la maquinaria de los partidos y el que en último extremo decide quiénes van a ser el candidato demócrata y el republicano, y es el gran capital el que gobierna los asuntos del país. No nos engañemos en éste y en otros casos, por el rito del voto y por la voluntad popular. Y el gran capital no está en absoluto dispuesto a aceptar una intervención mayor de los comunismos, por nuevos que parezcan, en los asuntos europeos: no tanto ya por el riesgo de que favorezca al bloque militar teóricamente opuesto, el de la URSS y el Pacto de Varsovia, sino por la administración de esos países donde la penetración de capital de Estados Unidos es muy fuerte.

No hay que esperar en este sentido cambios de frente en la política de los Estados Unidos. Solamente, y como queda dicho, cambios de estilo. Con respecto a España, la política general de los Estados Unidos no puede variar, aunque muestre un rostro más sonriente a la oposición democrática y siga aconsejando, en la forma en que la diplomacia lo permite, quizá con mayor insistencia, la necesidad de una "reforma democrática" con un aspecto convincente.

¿Pueden ahora ser más aislacionistas los Estados Unidos? No están en condiciones de serlo, aunque pudiera convenirles. La madeja del imperio está lo suficientemente enredada como para que no se pueda ya deshacer. Los Estados Unidos están metidos de cabeza en una economía colonial, que va desde la explotación directa de países en los cuales tienen una hegemonía más o menos visible, hasta la manipulación de sus aliados. Viven de ello, y parece que no es posible la marcha atrás sin un grave descalabro. Podría ahora la nueva administración demócrata tratar de suavizar más el aspecto de estas relaciones, o tratar de ir abriendo nuevas vías, pero no otra cosa. No hay que pensar que la política de imperio pueda cambiarse del día a la noche, porque de momento no hay otra salida.

De una manera general se ha considerado la victoria de Carter como una indicación de una tendencia "a la izquierda" en la política de los Estados Unidos. Ciertamente, en comparación con la política conservadora de Nixon-Ford hay una diferencia, y pueda haberla en algunas de las cuestiones de índole interior, como frecuentemente

ha proclamado Carter: en el sentido de unas ciertas reformas fiscales y económicas —ya está estudiando, como había prometido, el cambio en los presupuestos generales de Ford—, en una mayor tendencia social, en la posibilidad de continuar profundizando en las leyes de derechos civiles. Tiene un terreno bien preparado y unas posibilidades importantes. Es una esperanza para muchos, que puede romperse dentro de unos meses.

La esperanza no sólo reside en Carter, sino en el cambio total de las personas que van a llevar la Administración. En el largo período de administración republicana, todos los puestos de poder, desde el Gobierno hasta los funcionarios de alguna capacidad de decisión proceden del partido republicano. Carter se va a apresurar a cambiarlos todos, y según sus declaraciones y las de su estado mayor, va a sustituirlos por hombres "fuertes". Parece una premisa ineludible para el cambio, y precisamente en España estamos viendo ahora cómo el mantenimiento de personajes procedentes de una etapa anterior del régimen dificulta tanto que la nueva etapa sea realmente nueva. Con la diferencia, naturalmente, de que esos personajes que se han instalado en la vida pública española lo han hecho como consecuencia, primero, de una guerra civil ganada y, después, de una persistencia de cuarenta años, de datos que han sido infinitamente mayor su número —proporcional y absoluto—, mayor su capacidad de poder —porque son reflejo de una forma dictatorial— y más difícil su sustitución. En los Estados Unidos, a pesar de todo, los mecanismos sustitutorios están todavía engrasados.

Parece, por lo que se está diciendo, que los nuevos gobernantes van a tener una personalidad, empezando por el vicepresidente (aunque la realidad es que cada nuevo Presidente que se elige dice que por primera vez la vicepresidencia va a tener importancia), y siguiendo por el Gobierno, los secretarios, los consejeros. En la Administración Nixon, éstos eran puramente fantasmales —salvo Kissinger— para permitir la dictadura presidencial. Querria ahora Carter —o al menos eso dice— que estos personajes tuvieran su propia fuerza.

En todo ello se basan las esperanzas que comenzaron a nacer cuando Nixon fue destituido por el caso Watergate: que se disminuya la fuerza presidencial y que se regrese a una fórmula de democracia compartida por todos. La lección de Watergate hubiera sido bien aprovechada si condujera a esa reestructuración de una democracia cada vez más perdida.

Con todo ello, Carter sigue siendo aún un desconocido, y habrá que esperar sus primeros meses de gobierno para tener una idea de cuál va a ser su estilo. Pero siempre sin pensar que se trata de un cambio equivalente a una revolución. Ni mucho menos. ■

Ganó el miedo a la independencia

SABIDO es que en Puerto Rico, paralelamente a las elecciones norteamericanas, celebran las propias para designar al gobernador. En tales elecciones, por supuesto, no se debate el "status político" del país, es decir, los actuales términos de dependencia de los Estados Unidos, definidos por el concepto de Estado Libre Asociado.

Ahora bien, aun cuando tal "status" no se cuestione en las elecciones a gobernador, es obvio que constituye un tema clave en la conformación de los cuatro partidos fundamentales del país: el Partido Nuevo Progresista (PNP), defensor de la anexión de Puerto Rico a los Estados Unidos, convertido en un Estado más; el Partido Popular Democrático (PPD), creador del Estado Libre Asociado, dependiente de USA en todo lo fundamental, pero con una autonomía creciente en una serie de campos; el Partido Independentista Puertorriqueño (PIP), que liga la lucha por la independencia del país a criterios políticos que andan entre la socialdemocracia y los partidos socialistas tradicionales, y el Partido Socialista Puertorriqueño (PSP), el más joven de los cuatro, enmarcado en la línea cubana, autodefinido como marxista-leninista y aspirante a una independencia que conlleve la instauración del socialismo.

Si uno se atiene a ciertos fenómenos políticos —tanto en el área de las Naciones Unidas como en el interior del país—, es evidente que el independentismo ha ganado terreno. Lo que venía siendo una afirmación esencialmente cultural, no exenta de cierta melancolía ante el carácter supuestamente quimérico de la independencia, se ha convertido entre las nuevas generaciones en afirmación militante, en opción históricamente viable.

En este sentido, cabía presumir que PIP y PSP podían obtener un buen número de votos, aun aceptando que la lucha por el primer puesto estaba entre el PPD y el PNP. Más aún: cabía sospechar que al Estado Libre Asociado, como fórmula intermedia entre la estidad y la independencia, podía salir beneficiado de la nueva situación. Si, además, Carter ganaba las elecciones en los Estados Unidos, al PPD —encuadrado dentro del Partido Demócrata de la metrópoli— se le abriría la posibilidad de negociar el ensanchamiento de la autonomía en términos que la Administración de Gerald Ford no había permitido...

Los resultados no se han ajustado, sin embargo, a estas previsiones. El PIP no ha llegado al 10 por 100 de los votos emitidos. Los votos al PSP han sido mínimos. El PNP, es decir, el partido de la estidad —que quiere hacer de Puerto Rico un Estado más de la

Unión—, ha sido el gran vencedor, y en esta ocasión sin que mediara, como ocurrió en las únicas elecciones anteriores en que alcanzó la victoria, ninguna escisión del PPD, los defensores de la fórmula del Estado Libre Asociado.

El resultado de las elecciones —que concede el puesto de gobernador de Puerto Rico a Romero Barceló, presidente del PNP y actual alcalde de San Juan— cabe, "a posteriori", explicarlo así:

1) El desgaste lógico de todo partido en el poder, en este caso del PPD, objetivo crítico permanente de todos los demás partidos puertorriqueños.

2) La crisis económica de Puerto Rico, ligada tanto a su condición de colonia como a la crisis económica de los Estados Unidos, pero que ha permitido a la propaganda electoral de los restantes partidos vincularla a la gestión del PPD.

3) La radicalización de los independentistas y el hecho de que éstos hayan denunciado sistemáticamente la hipocresía e inaceptabilidad de la fórmula del Estado Libre Asociado. Esta posición ha provocado, en todos los que temen la independencia y el carácter socialista de los partidos que la defienden, una votación a favor de quienes postulan la inseparabilidad entre Puerto Rico y su actual metrópoli. Si pensamos en los mecanismos de la publicidad electoral, en los argumentos del anticomunismo tradicional, en los grandes intereses del capitalismo yanqui-puertorriqueño y en la presencia de una fuerte colonia de exiliados cubanos anticomunistas, no es difícil adivinar en qué medida se habrán proyectado sobre el puertorriqueño medio las argumentaciones que apuntamos.

Es inseguro, sin embargo, saber cuáles serán, a la larga, las consecuencias de tales elecciones. A mi modo de ver, no hacen sino radicalizar la situación. Si uno recuerda las afirmaciones pro norteamericanas de Ferré, en el período en que el PNP ya estuviera en el poder, y la respuesta nacionalista que desencadenaron, no resulta aventurado predecir que ahora, cuando la conciencia independentista está más desarrollada, las respuestas pueden ser más graves y profundas.

En principio, el resultado invita al desencanto. Mientras el independentismo gana batallas en las Naciones Unidas, mientras se formula cada vez con más nitidez ante los ojos del mundo la condición colonial de Puerto Rico y la necesidad que tiene el país de alcanzar la soberanía, una mayoría de puertorriqueños vota al partido más pro norteamericano. Partido que, aun cuando el "status" político no esté inmediatamente en juego, es obvio que realizará una política encaminada a la estidad. ■ JOSE MONLEON.